

Domingo de la Sagrada Familia

Evangelio

Lc 2:22,39-40

«Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.»

Esta semana pedimos...

PARA QUE
EL DERECHO A LA VIDA
SEA RESPETADO Y
PROTEGIDO EN
TODAS SUS ETAPAS

Ponte en presencia del Señor...

Recógete unos instantes para sacudir toda preocupación terrena. Vas a hablar con Jesús. Dile luego: "Maestro, quisiera hablar contigo. ¿Te dignas recibirme? Enséñame a escuchar lo que quieras decirme. Enséñame a decirte con humilde confianza lo que quieras oír de mí". Empieza luego la conversación sobre el tema de aquel día. Estáis solos, en la intimidad: el Maestro y tú.

1

«**Lección de silencio.** Renazca en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturcidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente.

Lección de vida doméstica. Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología.

Lección de trabajo. ¡Oh Nazaret, oh casa del "Hijo del Carpintero", cómo querríamos comprender y celebrar aquí la ley severa, y redentora de la fatiga humana; recomponer aquí la conciencia de la dignidad del trabajo; recordar aquí cómo el trabajo no puede ser fin en sí mismo y cómo, cuanto más libre y alto sea, tanto lo serán, además del valor económico, los valores que tiene como fin».

SAN PABLO VI



2

«La comunión de vida con Jesús, en la casa de Nazaret, llevó a María no sólo a avanzar en la peregrinación de la fe, sino también en **la esperanza**. Esta virtud, alimentada y sostenida por el recuerdo de la Anunciación y de las palabras de Simeón, abraza toda su existencia terrena, pero **la practicó particularmente en los treinta años de silencio y ocultamiento que pasó en Nazaret**. Entre las paredes del hogar la Virgen vive la esperanza de forma excelsa; sabe que no puede quedar defraudada, aunque no conoce los tiempos y los modos con que Dios realizará su promesa. En la oscuridad de la fe, y a falta de signos extraordinarios que anuncien el inicio de la misión mesiánica de su Hijo, **ella espera, más allá de toda evidencia, aguardando de Dios el cumplimiento de la promesa**. La casa de Nazaret, ambiente de crecimiento de la fe y de la esperanza, se convierte en lugar de un alto testimonio de la caridad. El amor que Cristo deseaba extender en el mundo se enciende y arde ante todo en el corazón de la Madre; es precisamente en el hogar donde se prepara el anuncio del evangelio de la caridad divina».

JUAN PABLO II

3

«María aprende de Jesús como de Dios. Considera a la mujer más prudente, **María, madre de la Sabiduría verdadera**, como **alumna de su Hijo**. Ella aprendió de Él, no como de un niño o un hombre cualquiera, sino como de Dios. Sí, ella medita en sus palabras y acciones. Todo lo que Él dijo o hizo quedó grabado en su mente. Lo mismo que antes, cuando concibió la Palabra misma en su útero, así ahora **conserva dentro de ella su forma de ser y sus palabras, las acaricia** como cuando estaba en su corazón. Ése que ahora ella mira en el presente, espera sea revelado con mayor claridad en el futuro. Esta práctica es la que siguió como una norma o ley durante toda su vida».

BEDA,

4

«Descúbrete a mis ojos, Jesús, y que yo te vea antes de morir. **Que te vea** no con mis ojos del cuerpo, que sería fugaz visión y se borraría pronto, sino con los ojos iluminados de mi interior. Que tu imagen esté limpia y viva y constante ante los ojos de mi fe. No te lo pido, Señor, para mi consuelo y para la satisfacción de mi espíritu, sino **para que Tú seas la meta** de todas mis aspiraciones y para que no haya ninguna otra visión que me seduzca y que me arrastre. Que yo te vea, Señor, antes de morir; no con esta fe lánguida y borrosa, que no sacia mi corazón y no transforma mi vida. **Que te vea con la visión de los santos**; que te vea, para que me entregue sin vacilaciones y sin inconstancias. Aunque Tú exiges que me entregue para que te pueda ver; **que me entregue a oscuras para que me ilumine la luz de tu rostro**».

PADRE J.M. GRANERO. *Oración evangélica*.

Al terminar la oración...

Gracias, buen Maestro, porque me has hablado, porque me has escuchado. Mi corazón está lleno de tus ideas y de tus sentimientos. Voy ahora a las ocupaciones que Tú quieres de mí. Hasta otro rato.